

Jesús, el judío ¿qué modelo de mesianismo?¹

Rafael Aguirre

Universidad de Deusto, Bilbao

Afrontamos para terminar el curso un tema estrella. Uso esta expresión porque la estrella en el judaísmo es un símbolo del Mesías. También porque es estrella en el sentido de que es clave para conocer el judaísmo del tiempo de Jesús y fundamental en las relaciones judío-cristianas. La confesión de Jesús como Mesías separa a judíos y cristianos. Pero, como veremos, la confesión del mesianismo de Jesús se basó en la reelaboración de elementos de la fe mesiánica judía.

Hablando en general podemos decir que el Mesías había de ser un agente divino escatológico, que realizaría el plan de divino y la restauración de Israel. Pero el mesianismo judío es muy complejo, había imágenes muy variadas, textos diversos del Antiguo Testa-

1. Texto de la conferencia pronunciada el 29 de mayo de 2019 como clausura de curso. Prescindo de notas a pie de página y al final ofrezco una bibliografía a la que remito en algunos pocos lugares en el cuerpo del artículo. En la exposición oral se omitieron algunas secciones del texto, por razones de tiempo, que en esta versión escrita se incluyen.

mento recibían una interpretación mesiánica, que originariamente no tenían.

Nos encontramos con unos estudios en plena ebullición. La investigación sobre Jesús no cesa. La literatura judía no bíblica se estudia con afán renovado y nuevas metodologías. De particular interés resultan los estudios que relacionan este apasionante mundo literario, en buena parte parabíblico, con las situaciones sociales e históricas en las que surge. Sobre todo han tenido una importancia decisiva para nuestro tema los manuscritos del mar Muerto, los escritos de Qumrán. Ya están publicados en su totalidad. Teníamos hasta ahora textos judíos antiguos, pero transmitidos en manuscritos muchos siglos posteriores y, en muchos casos, en traducciones a lenguas diversas. Qumrán nos ha proporcionado textos del siglo I, muchos desconocidos hasta ahora y que han ampliado enormemente nuestro conocimiento del judaísmo, también para el tema del mesianismo. Recurriré a algunos textos de Qumrán a lo largo de mi exposición.

Pero soy consciente de que no estamos en un congreso científico, sino en la conferencia de clausura del curso del Centro de Estudios Judeo-Cristianos (CEJC), que tiene su parte social de encuentro, y que lo propio es realizar una exposición bien fundada, eso sí, pero sin demasiados tecnicismos y de no excesiva extensión. Procuraré hacerlo así, aunque el tema es apasionante y complejo.

1. El mesianismo en el judaísmo

Vamos a comenzar presentando el complejo mundo de ideas sobre el Mesías existente en el judaísmo en el tiempo del cambio de era. *Mashiah* en hebreo quiere decir Ungido, en griego *Cristo*, designación esta última muy familiar en el mundo cristiano aplicada a Jesús, porque fue un título, quizá el más antiguo que se le atribuyó y con tanta reiteración que acabó por convertirse en su nombre propio. En muchos textos del NT no es claro si Mesías/Cristo es un título que se aplica a Jesús o simplemente el nombre por el que se le conoce.

La fe judía del siglo I esperaba la salvación futura que bien podía ser obra de Dios directamente o bien podía ser realizada a través de un agente suyo, el Mesías, ungido especial de Dios, que era pensado o representado de formas diversas. Es sabido que en el judaísmo no existía una ortodoxia doctrinal y menos en el ámbito de las creencias escatológicas.

En Israel eran ungidos, el rey, los sacerdotes y, a veces, el profeta: implicaba elección divina, pero sin trascendencia escatológica.

a. Mesías real, hijo de David

Hay un acuerdo general en que la representación predominante era la de un Mesías rey, un Mesías davídico. Está claro en los textos y parece que era un fe muy extendida entre el pueblo.

El Mesías real hace referencia a un rey ideal del futuro, que vencerá a los enemigos de Israel e instaurará un reino de justicia y de paz. En el pensamiento rabínico se considera que los días del Mesías (*yemot ha-mashiah*) son una realidad intramundana, pero que suponen el fin de este mundo (*olam ha-zeh*), y después vendrá el mundo futuro (*olam ha-ba*). En la Biblia las cosas no están tan claras, pero ciertamente el rey Mesías se espera para el futuro y para una transformación intrahistórica en nombre de Dios.

Veamos los precedentes. En los textos más antiguos el rey es el ungido de Dios. En varios textos esta unción va unida a la promesa divina de la permanencia de la dinastía davídica. El lugar clave y punto permanente de referencia se encuentra en 2Sam 7, en donde el profeta Natán anuncia a David que no será él quien edifique una casa para Yahvé, sino que, por el contrario, «Yahvé te edificará una casa: cuando te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza. Yo seré para él padre y él será para mi hijo» (7,12-14).

Varios salmos cantan esta condición de ungido del rey. El salmo 2 llama al rey ungido de Dios («... los reyes de la tierra... se alían contra Yahvé y su ungido») y en el momento en que accede al trono proclama: «Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado» (v.

7). En el salmo 110 Yahvé dice al rey: «Siéntate a mi derecha hasta que haga de tus enemigos estrado de tus pies» (v. 1). El palacio real estaba junto al templo y, por eso, acceder al trono era sentarse a la derecha de Dios. Estos textos enaltecen la figura del rey y hablan de la permanencia davídica, pero su sentido original es obviamente terrestre, histórico y no trascendente.

En el exilio y en el tiempo posterior, cuando el pueblo de Israel se encuentra más hundido y la dinastía davídica ha sido abolida, la esperanza adquiere, entre mil dificultades, nuevo brío y amplía su horizonte. Jeremías anuncia:

Mirad que vienen días en que suscitaré a David un Germen justo, reinará un rey prudente, practicará el derecho y la justicia (23,5).

Mirad que vienen días en que suscitaré a David un Germen justo, reinará un rey prudente, practicará el derecho y la justicia en la tierra. En sus días estará a salvo Judá, e Israel vivirá en seguro. Y este es el nombre con que le llamarán: «Yahvé, justicia nuestra» (23, 5-6; 33, 14-16).

La perspectiva mesiánica se ve también en un texto probablemente de este tiempo porque presupone que el tronco de Jesé, el padre de David, se ha roto y afirma que va a rebrotar. Es el famoso oráculo de Isaías 11:

Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de temor de Yahvé. Y se inspirará en el temor de Yahvé. No juzgará por las apariencias, ni sentenciará de oídas. Juzgará con justicia a los débiles y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra. Herirá al hombre cruel con la vara de su boca, con el soplo de sus labios matará al malvado. Justicia será el ceñidor de su cintura, verdad el cinturón de sus flancos. Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá. La vaca y la osa pacerán, juntas acostarán sus crías, el león, como los bueyes, comerá paja. Hurgará el niño de pecho en el agujero

del áspid, y en la hura de la víbora el recién destetado meterá la mano. Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi Monte, porque la tierra entera estará llena de conocimiento de Yahvé, como cubren las aguas el mar.

En el Peshet de Isaías encontrado en los manuscritos del Mar Muerto se cita este pasaje e incluye la frase: «... [La interpretación de la cita se refiere al retoño] de David que brotará [en los días postreros]...». (4Q161).

El profeta Zacarías piensa en la restauración de la monarquía, pero sin el boato de los reyes antiguos:

¡Exulta sin freno, Sión, grita de alegría, Jerusalén! Que viene a ti tu rey: justo y victorioso, humilde y montado en un asno, en una cría de asna (9, 9).

El asno es la montura modesta del tiempo de las tribus, el caballo representa el poderío de la monarquía de Salomón.

La esperanza mesiánica experimenta altibajos. Cuando regresaron de Babilonia conoce un aumento breve vinculado a la figura de Zorobabel, que era el líder político, mientras Josué era el religioso (Ageo 1-2; Zac 1-6).

La expectativa mesiánica conoce un auge notable en tiempo de los asmoneos por la ebullición política que se crea y por descontento con estos gobernantes. Los macabeos se habían sublevado contra los seléucidas, lograron vencerles, y tras muchos siglos Israel volvía a ser una nación independiente. Los asmoneos, sin ser del linaje de David ni de familia sacerdotal se habían arrogado la realeza y el sumo sacerdocio. Esto provocó un descontento enorme e hizo surgir con fuerza la esperanza en un rey, descendiente de David, que derrotase a los enemigos con su fuerza militar y restableciese la gloria de Israel. El año 60 a. e. c. Pompeyo conquistó Jerusalén e Israel entró a formar parte del Imperio Romano. Los Salmos de Salomón, de procedencia farisea, reflejan las turbulencias de este tiempo y también la esperanza mesiánica. Se lee en el Salmo 17:

4. Tú le hiciste juramento sobre su posteridad,
de que nunca dejaría de existir ante Ti su casa real [*Se refiere a la promesa a David*].
5. Por nuestras trasgresiones se alzaron contra nosotros los pecadores;
aquellos a quienes nada prometiste nos asaltaron y expulsaron
nos despojaron por la fuerza y no glorificaron tu honroso Nombre [*Se refiere a los asmoneos*].
- ...
7. Pero Tú, Oh Dios, los derribas y borras su posteridad de la
[tierra,
suscitando contra ellos un extraño a nuestra raza [*Se refiere a Pompeyo*].
- ...
12. En el calor de su ira los envió hasta Occidente,
a los magnates de la tierra los entregó para ludibrio y no los
[perdonó.
- ...
21. Míralo, Señor, y suscítale un rey, un hijo de David,
en el momento que tu elijas, oh Dios, para que reine en Israel
[tu siervo.
22. Rodéale de fuerza, para quebrantar a los príncipes injustos,
para purificar a Jerusalén de los gentiles que la pisotean,
[destruyéndola.
- ...
24. para machacar con vara de hierro todo su ser,
para aniquilar a las naciones impías con la palabra de su boca
25. para que ante su amenaza huyan los gentiles de su presencia
y para dejar convictos a los pecadores con el testimonio de sus
[corazones.

En este tiempo tardío se dan interpretaciones mesiánicas de algunos textos del AT, llevándolos más allá de su sentido original. Así sucede con el texto de 2Sam 7, cuya función clave en la esperanza mesiánica he mencionado al principio. En Qumrán se afirma: «Y YHWH te anuncia que te construirá una casa. Yo alzaré tu semilla detrás de ti y estableceré el trono de su reino por siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo. Esto se refiere al

retoño de David que se alzará con el Interprete de la ley que surgirá en Sión en los últimos días, como está escrito...» [Siguen varias referencias bíblicas] (4Q174).

Fue enormemente popular y se refleja en varios lugares del NT la interpretación mesiánica de los oráculos de Balaam, que se encuentran en Nm 22-24 (Pérez Fernández, M.). Balaq, rey de Moab, teme porque ve al pueblo de Israel que se acerca a su territorio en su caminar por el desierto hacia la tierra prometida. Entonces recurre a Balaam, al que se atribuyen poderes mágicos, para que maldiga a Israel y pueda vencerlo y alejarle de su territorio (Nm 22, 6). Pero cuando Balaam divisa a Israel, lejos de maldecirlo le vaticina un futuro glorioso. Son estos oráculo de Balaam sobre Israel los que recibieron una interpretación mesiánica en la tradición. Veamos un ejemplo. El texto hebreo de Nm 24, 17 dice:

La veo, aunque no para ahora, lo divisó, pero no de cerca: de Jacob avanza una estrella, un cetro surge de Israel. Aplasta las sienes de Moab, el cráneo de todos los hijo de Set.

La traducción de los LXX en vez de «un cetro» dice «un hombre»:

Un astro se elevará de Jacob
Y un *hombre* surgirá de Israel

En los tǎrgums, las traducciones arameas, la interpretación mesiánica está más explícita. Según el profesor Alejandro Díaz Macho el Targum Neofiti era el utilizado en Galilea en el siglo I y lee así Nm 24,17:

Un *rey* se elevará de la casa de Jacob
y un *Salvador y Soberano* de la casa de Israel.

Presento, por último, la lectura del versículo que realiza el Targum Pseudo Jonatan:

Cuando el *rey* poderoso de la casa de Jacob reinará,
y cuando el Mesías, el cetro poderoso de Israel será ungido.

La utilización de los tǎrgums presenta siempre la dificultad de su datación. Parece que reflejan la teología popular, porque el texto arameo, que se leía después del hebreo, es el que entendía la gente e iba incorporando las reinterpretaciones teológicas que llegaban al pueblo. En el caso de Números 24, 17 comprobamos que la espera en el mesías real se introducía en la versión misma de los textos

b. Mesías sacerdotal

La esperanza en un Mesías de carácter sacerdotal se encuentra claramente en la Regla de la Comunidad de Qumrán. Tengamos en cuenta que esta comunidad es de origen sacerdotal, que había roto con el Templo de Jerusalén porque consideraba que los asmoneos habían usurpado el Sumo Sacerdocio que no les pertenecía.

No se apartarán de ningún consejo de la ley para marchar en toda obstinación de su corazón, sino que serán gobernados por las ordenanzas primeras en las que los hombres de la comunidad fueron instruidos hasta que venga el profeta y los mesías de Aarón e Israel (1QS 9,11).

Es decir cuenta con tres figuras escatológicas: el profeta, el Mesías sacerdotal (el de Aarón) y el real (el de Israel). Al Mesías sacerdotal, además de su actividad sacrificial, se le atribuye también una función de enseñanza:

Expiará por todos los hijos de su generación y será enviado a todos los hijos de su pueblo. Su palabra es como la palabra de los cielos, y su enseñanza según la voluntad de Dios... (4Q 541).

Se explica que una comunidad de origen sacerdotal revista de caracteres sacerdotales al Mesías. Pero el Mesías doble tiene sus precedentes dentro del complejo y extenso mundo de ideas del judaísmo. Después del exilio el liderazgo de la comunidad corresponde a los dos ungidos de Dios: Zorobabel, que representa el poder real y Josué, el poder sacerdotal. Merece la pena citar en

este punto a J. J. Collins, que en su libro sobre el mesianismo, un auténtico referente sobre el tema, afirma: «La noción de un Mesías sacerdotal implicaba cierta desafección con el Sumo Sacerdote existente y con el culto del Templo de Jerusalén. La insistencia de dos oficios mesiánicos de rey y de sacerdote conllevaba una crítica de la combinación de ambos oficios por los asmoneos. La secta del Mar Muerto no era el único grupo insatisfecho con el papel de los asmoneos, como puede verse en los Salmos de Salomón. Sin embargo la esperanza en dos Mesías parece haber sido un rasgo distintivo de este movimiento más que algo común del judaísmo del tiempo» (Collins 95).

c. El Mesías como maestro

Hemos visto que el Mesías sacerdotal enseña. En Qumrán encontramos un texto particularmente interesante que reitera este papel de enseñanza junto con otros rasgos:

Los cielos y la tierra escucharán a su Mesías y todo lo que hay en ellos no se apartará de los preceptos santos. ¡Reforzaos, los que buscáis al Señor en su servicio! [...]¿Acaso no encontraréis en eso al Señor, (vosotros), todos los que esperan en su corazón? ... Pues honrará a los piadosos sobre el trono de la realeza eterna, librando a los presos, dando la vista a los ciegos... En su misericordia juzgará... y el Señor obrará acciones gloriosas como no han existido... pues curará a los malheridos y a los muertos los hará vivir, anunciará buenas noticias a los humildes, colmará a los indigentes... a los hambrientos enriquecerá (4Q521).

Este texto representa una línea minoritaria, que ve al Mesías como quien realiza las promesas de Isaías Is 61, 1: proclama la buena noticia a los pobres, da la vista a los ciegos, cura a los enfermos, resucita a los muertos. Es un texto evidentemente precristiano, pero que tiene un parecido enorme con pasajes evangélicos referidos a Jesús (Mt 11, 3-5; Lc 7, 22).

d. Exaltación celeste del Mesías y el Mesías como hijo de Dios

Hay que subrayar dos características del Mesías judío, muy importantes y cuya vigencia precristiana han puesto de manifiesto los escritos del Mar Muerto. El Mesías sacerdotal es exaltado al cielo y se sienta en el trono celeste. Se lee en un fragmento del Rollo de la Guerra:

... mi gloria es incomparable y fuera de mí ninguno es exaltado. Y no viene a mí porque yo moro en los cielos... Yo soy contado entre los dioses y mi demora está en la congregación santa... ¿quién es comparable a mí en mi gloria?... Pero yo soy contado entre los dioses, y mi gloria está con los hijos del rey (4Q 491, 11).

La entronización celeste de Moisés se encuentra en Filón, representante del judaísmo helenista (*Vita Moysis* I, 155-158) que se basa en Ex 7, 1: «Yahvé dijo a Moisés: 'Mira yo te hago un dios para el faraón y tu hermano Aarón será tu profeta'».

Importa notar que la radical separación de la Biblia Hebrea entre lo humano y lo divino no era tan fuerte en la época helenística en el judaísmo representado por los manuscritos de Qumrán. Es decir cuando en el cristianismo de los orígenes se habla de la exaltación celeste de Jesús, que se sienta en el trono de Dios, y de la exaltación de los santos, por ejemplo en el Apocalipsis, no hay porqué pensar en la influencia griega, sino que tiene unas raíces genuinamente judías.

La segunda característica es que el rey Mesías es considerado hijo de Dios. Hemos visto que en Qumrán se interpreta del rey escatológico la profecía de Natán a David (4Q 174). Podemos añadir otro texto: «Será denominado hijo de Dios, y le llamarán hijo del Altísimo. Su reino será un reino eterno...» (4Q 246), que tiene una semejanza notable con Lc 1, 32. 35.

Si el rey es considerado hijo de Dios (Sal 2, 7) es totalmente normal que el Mesías goce de esta consideración y de una forma más celeste. El origen de la cristología de Jesús como hijo de Dios no hay que buscarlo, como era habitual hacerlo en un tiempo aún

reciente, en el mundo griego, sino que tiene raíces judías. Naturalmente estamos aún muy lejos de afirmar la divinidad de Jesús, que supone una reflexión metafísica posterior.

e. Mesías sufriente

La inmensa mayoría de los estudiosos actuales están de acuerdo en que en el judaísmo precristiano no aparece la idea de un Mesías que tenga que sufrir y padecer. No se da una interpretación mesiánica del cántico del Siervo de Isaías 53 (Zetterholm 15-16; Collins 123-125).

f. El Mesías como Hijo del hombre

La expectativa del Hijo del hombre tiene su origen en el capítulo 7 del libro de Daniel. Se presenta la visión de cuatro bestias feroces que surgen del mar y representan a los imperios que sucesivamente han ido oprimiendo al pueblo de los santos. En contraposición aparece sobre las nubes de cielo un Hijo del hombre (*bar nasa* en arameo), es decir una figura humana, que se acerca al trono de Dios y recibe poder, honor y reino. En la segunda parte del capítulo interpreta la visión y deja claro que esta figura humana representa al pueblo de los santos del Altísimo (7, 27).

Este Hijo de hombre es interpretado de forma individual en el libro de Henoch y se entiende del Mesías, que es visto así de una forma muy elevada. En efecto es preexistente, elegido, revela la sabiduría de Dios, se sienta en el trono de su gloria (45,3-4) con una función salvífica y judicial. El nombre que se le asigna y la figura con que aparece indica que el Mesías es la realización plena de lo humano.

Todos estos textos sobre el Hijo del hombre se encuentran en la sección de las Parábolas del libro de Henoch (37-71) y hay una seria probabilidad que se añadiese al libro en un segundo momento y que sea posterior al tiempo de Jesús. De hecho en el ejemplar de Henoch encontrado en Qumrán falta esta sección. Es claro que

el Hijo del hombre tiene una gran importancia en la forma de entender el mesianismo de Jesús en los evangelios. Otra cuestión distinta, muy discutida y en la que no podemos entrar ahora, es si los dichos sobre el Hijo del hombre se remontan a Jesús y qué sentido podían tener en sus labios.²

Hemos presentado el mundo de ideas en torno al mesianismo que existía en tiempo de Jesús. Vamos a pasar ahora de las ideas a la realidad social. ¿Hubo movimientos mesiánicos en aquel tiempo?

2. *Movimientos mesiánicos y proféticos* (Horsley; Horsley-Hanson).

Hay que distinguir entre movimientos mesiánicos y proféticos. Los mesiánicos se caracterizan por aglutinarse en torno a un líder militar que pretende erigirse en rey y quiere tomar el poder contra los romanos. En esta época hay dos momentos en que surgen movimientos de este tipo. El primero es a la muerte de Herodes el Grande, el año 4 a. e. c., en que explota el malestar acumulado. En Galilea se subleva Judas, hijo de Ezequías que había sido capturado y muerto por Herodes, que saqueó los arsenales de armas de Séforis y luchó por la toma del poder, llegando a controlar buena parte de la región. En Perea un tal Simón, esclavo del rey, incendió el palacio del rey en Jericó y se proclamó rey. En el sur de Judea un pastor, Atronges, de enorme fuerza física, se consideró rey y se

2. Lo más plausible es que Jesús usase esta expresión para designar al hombre, quizá a sí mismo, de una forma un tanto enigmática, en un sentido nada apocalíptico. El que la expresión aparezca siempre en sus labios parece indicar que era una expresión característica suya. Posteriormente sus seguidores apocaliptizaron este término de acuerdo a la función celeste que le van atribuyendo. Ni los evangelios dependen de Henoch ni viceversa. Ambos dependen de Daniel, que tiene un papel muy importante en los desarrollos del mesianismo.

levantó en armas contra los romanos. Todos estos líderes contaron con apoyo popular. El general romano Publio Varo, que estaba acuartelado en Antioquía intervino con sus tropas y acabó con estos movimientos insurgentes matando a sus líderes.

Más tarde, los años 66 al 70 de la e. c., surgieron otros movimientos mesiánicos. Menahem, hijo de Judas Galileo, que entró en el Templo con vestiduras reales; y Simón bar Giora, que empezó por la región de Masada, reclutó un ejército considerable, realizó operaciones militares por varios lugares y luchó en Jerusalén contra los celotas. Dentro del campo judío, en la guerra contra los romanos, hubo luchas entre las diversas facciones, a veces entre distintos pretendientes mesiánicos. Dice Flavio Josefo, del que proceden todas estas informaciones, que «lo que más les impulsó a hacer la guerra fue un oráculo ambiguo, contenido también en sus libros sagrados, según el cual en aquella época un personaje de su país regiría el mundo» (B. J. VI 312). Posteriormente, en los años 133-135, tiempo de Adriano, hubo otro importante movimiento mesiánico, promovido por Bar Kosiba. Acuñó su propia moneda y ponía año 1 para señalar que era el inicio de la era mesiánica. Rabí Akiba consideró, en efecto, que Bar Kosiba era el Mesías y cambió su nombre por Bar Kochba, «hijo de la estrella» (el símbolo mesiánico). Los romanos aplastaron violentamente este movimiento y expulsaron a los judíos de Jerusalén sin permiso para poder residir en ella. Todos estos pretendientes mesiánicos responden al tipo de líder militar, con pretensiones mesiánicas al modo como se entendía en los Salmos de Salomón.

Muy diferentes son los movimientos proféticos. Se caracterizan por un líder profeta que suscita la esperanza de una intervención divina, siguiendo el modelo de las del AT, que tendría un carácter liberador de Israel, y que moviliza amplios sectores del pueblo. Flavio Josefo nos informa del caso de Teudas, en los años 40, que llevó a mucha gente al río Jordán diciendo que era profeta y que a su voz las aguas se separarían y permitiría el paso, reproduciendo el prodigio de la entrada del pueblo en la tierra al mando de Josué. Pocos años después un judío egipcio congregó una multitud en el

Monte de los Olivos profetizando que las murallas de Jerusalén se derrumbarían, como las de Jericó con Josué, para poder entrar en la ciudad. Ambos movimientos no tenían ningún carácter militar ni usaban armas, pero los romanos intervinieron para dispersar a la muchedumbre y acabar con los profetas líderes, aunque el egipcio logró huir. Ambos episodios son mencionados en el NT (Hch 5, 35-39; Hch 21, 38). Es similar el caso de Juan Bautista, que promovió un movimiento profético, absolutamente desarmado y sin ninguna intención militar, anunciando una pronta intervención divina, de modo que mucha gente acudía al Jordán, al lugar donde realizaba su ministerio, a escucharle y participar de su rito de inmersión en las aguas. Flavio Josefo difiere de los evangelios y da una versión históricamente más verosímil del fin del profeta. Dice que Herodes decidió matarle «porque hombres de todas partes se entusiasmaban al oírle hablar... y consideró más seguro quitárselo de en medio antes de que surgiese alguna novedad... Debido a estas sospechas de Herodes fue encarcelado y enviado a la fortaleza de Maquero, de la que hemos hablado antes, y allí fue muerto» (AJ XVII, 117-119).

El movimiento de Jesús se asemeja más a un movimiento profético que a uno mesiánico. Sin embargo la acusación contra él fue de presentarse como un pretendiente mesiánico. Lo que tenemos que ver a continuación es ¿en qué sentido y por qué llaman a Jesús Mesías sus primeros seguidores? ¿Fue Jesús, durante su vida, considerado Mesías? ¿Se tuvo él a sí mismo por tal? Problemas de enorme envergadura y complicación, que abordamos con obligada brevedad.

3. *Jesús Mesías*

Para explicar cómo los primeros cristianos entendían el mesianismo de Jesús vamos a seguir el evangelio de Marcos. En otros textos del NT se encuentran otros aspectos del mesianismo de Jesús que desarrollan los que encontramos en Mc o, a veces, difieren de ellos.

Realizamos en este lugar una exposición de tipo general, que sin entrar en grandes tecnicismos nos lleve a lo más fundamental y específico.

El primer versículo de Mc dice: «Inicio del Evangelio de Jesús Mesías Hijo de Dios». Es el enunciado de toda su obra, en la cual va a exponer cómo es Jesús Mesías e Hijo de Dios. Para ello va a presentar el desarrollo de la vida de Jesús. Es un relato muy concentrado en la persona de Jesús con mucho menos material doctrinal que Mt y Lc. Mesías e Hijo de Dios son dimensiones inseparables para Mc. De hecho tras el enunciado inicial viene la escena del bautismo en la que Jesús recibe el Espíritu Santo y es solemnemente proclamado Hijo de Dios: «Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco».

A lo largo de la primera parte del relato se suscita continuamente la cuestión por la persona de Jesús. «¿Qué es esto? Una doctrina nueva expuesta con autoridad y los espíritus le obedecen». «¿Quién es éste que hasta el viento y el mar obedecen?». «¿De dónde le viene esto?... ¿No es este el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón? ¿Y no están sus hermanas aquí entre nosotros?». Entre la gente hay opiniones divididas, pero positivas: unos dicen que es Juan Bautista, otros que Elías, otros que uno de los profetas» (8,26). Llegamos así al texto central tanto material, como narrativa y teológicamente. Es la escena situada en el entorno de Cesarea de Filipo en el capítulo 8. Jesús les pregunta a los discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo»? Pedro le contesta: Tú eres el Mesías. Y les mandó enérgicamente que a nadie hablaran acerca de él» (8,29-30).

Sorprende y no está claro cómo hay que interpretar esta respuesta de Jesús. Para Marcos Jesús es el Mesías: lo ha afirmado rotundamente en el primer versículo de su obra. Lo menos que se puede decir es que hay una gran diferencia entre la forma de entender el Mesías Pedro (piensa en las categorías habituales de un líder militar victorioso) y la forma de entenderlo Jesús. Esta tensión sale a la luz inmediatamente de forma muy cruda. Jesús «comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y

ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado...» (8, 31). Al oír estas palabras Pedro reprende a Jesús. Y Jesús reprende a Pedro: ponte detrás de mí, Satanás, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres (8, 32-33). Pedro y Jesús se reprenden mutuamente. El verbo reprender (*epitimaô*) tiene una gran carga de polémica y discrepancia. Tras esta escena sobre la mesianidad viene la transfiguración, donde la voz del cielo proclama a Jesús como el Hijo amado de Dios, a quien hay que escuchar (9,2-8). Continúan caminando hacia Jerusalén y Jesús anuncia otras dos veces el destino doloroso que le espera como Mesías Hijo del hombre (9, 31; 10, 33-34) con la incompreensión total de los discípulos (9, 32-37; 10, 35-40).

La escena de la entrada en Jerusalén es notable. Jesús va montado en un pollino y muchos extienden sus mantos en el camino y otros follaje cortado de los campos. Los que iban delante y los que seguían gritaban: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino que viene, de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!». En parte es una cita del Salmo 118, 25-26. La gente aclama al Reino de David que viene, pero el Jesús de Marcos no comparte esta mentalidad. Con varios autores contemporáneos podríamos ver, quizá, en esta escena una parodia del recibimiento que se hacía a los emperadores cuando entraban en una ciudad (Carter 187-190). Jesús monta un pollino que, como hemos visto, recuerda al pequeño Israel premonárquico. Con Salomón se introducen los caballos, monturas de los reyes gloriosos. El Evangelio de Mt cita en este lugar a Zacarías, profeta del posexilio, que no está para pensar en reyes poderosos y victoriosos. Sugiere otra visión del Mesías: «Decid a la hija de Sión: he aquí que tu Rey viene a ti, manso y montado en un asna y un pollino, hijo de animal de yugo» (Zac 9, 9).

Una vez en Jerusalén, Jesús mantiene varios diálogos, bastante polémicos, con diversos interlocutores y se afirma como el Hijo de Dios en la parábola de los viñadores, que no dan los frutos a los enviados del amo y los maltratan; el amo envía a su hijo querido (12,6), pero los viñadores lo matan y lo arrojan fuera de la viña. Al

final de estas controversias Jesús toma la iniciativa y les plantea una cuestión en que está en juego la naturaleza del Mesías:

¿Cómo dicen los escribas que el Mesías es hijo de David? David mismo dijo (Salmo 110, 1): Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies.

Si David llama al Mesías Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo? Está claro que Jesús quiere impugnar la idea popular de Mesías. El Mesías no puede tener por modelo a David; no será como él un rey guerrero y victorioso, ni tendrá por misión restaurar la gloria pasada de Israel.

Marcos escribe durante la guerra judía o poco después, y previene contra los pretendidos mesías que han arrastrado al pueblo a la catástrofe por sublevarse contra los romanos: «Si alguno os dice: mirad al Mesías aquí, miradle allí, no lo creáis. Pues surgirán falsos mesías y falsos profetas y realizarán señales y prodigios con el propósito de engañar, si fuera posible, a los elegidos» (13, 21-22).

Llega un momento decisivo en la trama del relato Marciano, en el que Jesús declara abiertamente su mesianidad. Las circunstancias son totalmente antimesiánicas según la mentalidad vigente en su tiempo. Jesús está fracasado, detenido y acusado. Comparece ante el Sanedrín en pleno. El Sumo Sacerdote le pregunta directamente: «¿Eres tú el hijo del Bendito?» Hasta este momento Jesús había rehusado siempre hacer afirmaciones sobre su propia identidad. Ahora no. Jesús responde afirmativamente. Pero Marcos pone en boca de Jesús unas afirmaciones, realizadas con textos del AT que nos llevan a la comprensión cristiana de la mesianidad de Jesús. Así es la respuesta:

Sí, yo soy y veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y venir entre las nubes del cielo (14,62).

Estas palabras contienen una referencia al Salmo 110, salmo real interpretado mesiánicamente, en el que rey Mesías se sienta a la derecha de Dios («Dijo Yahvé a mi Señor: siéntate a mi derecha hasta que haga de tus enemigos estrado de tus pies»); y hay otra

referencia a Daniel 7, porque el trono está sobre las nubes del cielo, lo que indica la exaltación celeste del Mesías, que se encuentra en el ámbito de lo divino. Pero a diferencia del texto de Daniel el Hijo del hombre no va hacia el trono de Dios, porque ya está en él, sino que viene hacia la tierra, con lo que parece aludir a su función judicial. Esta función del Mesías —Hijo del hombre— la había anunciado Mc poco antes, en el discurso escatológico: «Mas por estos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá.. y entonces verán al Hijo del hombre que viene entre nubes con gran poder y gloria; entonces enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo» (13, 24-27).

En este punto me permito una interrupción en el relato de Mc para aludir a la historia de la tradición, porque aquí está subyaciendo un problema de gran importancia. La primera comunidad cristiana esperaba la pronta venida del Señor, la Parusía inminente. Pensaba que en ese momento se manifestaría Jesús como Mesías y tendría lugar la restauración de Israel. Restos de esta antiquísima tradición se conservan en Hch 3, 20-21: «A fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y entonces envíe al Mesías que os estaba predestinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por medio de los profetas». Esta mentalidad se refleja en la pregunta de los apóstoles a Jesús poco antes de la ascensión: «¿Es en este momento cuando le vas a restablecer el Reino a Israel?» (Hch 1, 6).

Pero retomemos el recorrido de la narración de Marcos. Tras la solemne declaración de Jesús ante el Sanedrín en pleno, le trasladan a la autoridad romana para que ratifique la pena de muerte que el tribunal judío ha proferido (14, 64), pero que no tiene autoridad para ejecutar. Así es como cuenta las cosas Marcos, sin que sea este el lugar para discutir su exactitud histórica. Ante la autoridad romana la cuestión versa sobre si es el rey de los judíos (Mc 15). «¿Eres tu el rey de los judíos?» «¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?» «¿Qué voy a hacer con el que llamáis rey de los

judíos?» Lo que está en juego es si Jesús es uno de esos pretendientes mesiánicos que subvierten al pueblo contra el poder del Imperio. Los soldados romanos, en efecto, se burlan de Jesús como si fuese un pretendiente al mesianismo real: «Le vistieron de púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñen. Y se pusieron a saludarle: ¡Salve, rey de los judíos! Y le golpeaban con una caña en la cabeza, le escupían y, doblando las rodillas, se postraban ante él» (15, 16-19).

Al final Jesús es condenado por Pilato por ser un pretendiente al mesianismo real tal como se entendía habitualmente en el judaísmo de su tiempo, aunque parece que no cree que tal delito exista. Por eso la inscripción que se pone en la cruz con la causa de la condena decía: «El rey de los judíos» (15, 26). En el Evangelio de Juan se dice probablemente con más exactitud que lo escrito era «Jesús el Nazareno, el rey de los judíos» y «esta inscripción estaba escrita en griego, latín y hebreo» (19, 19-20). Este letrado, con toda probabilidad era una burla y un escarnio. Solo modificando profundamente la forma habitual de entender el Mesías los primeros cristianos pudieron confesar como tal a Jesús. Mc escribe su obra para llevar a sus lectores a la transformación y al cambio de mentalidad que implica descubrir en Jesús crucificado al Mesías de Israel. Aunque el énfasis del relato, que comenzaba con el enunciado «Evangelio de Jesús Mesías Hijo de Dios», está puesto sobre todo en el Hijo de Dios. De ahí la confesión del centurión en el momento culminante de la obra, realizada a los pies de la cruz de Jesús y cuando éste muere: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios» (15, 39).

4. El mesianismo de Jesús

Recopilo las características del mesianismo de Jesús que hemos ido descubriendo en el Evangelio de Mc integrando otros aspectos que se encuentran en otros textos del NT. Los cristianos de los orígenes a la luz de la vida de Jesús y reflexionando sobre las Escrituras,

como judíos que eran, reelaboraron el concepto de Mesías y ciertamente desecharon la imagen más extendida en el judaísmo de su tiempo.

1. El elemento más original, del que no hay precedentes en el judaísmo, es que Jesús es un Mesías que sufre y es crucificado. Cuesta entenderlo y es en lo que más insiste Mc y los otros evangelios canónicos. Los seguidores de Jesús reflexionaron sobre las Escrituras y buscaron en ellos fundamento. Lo encontraron más que en el canto del Siervo Sufriente de Isaías 53, que usaron poco, en los salmos del justo que sufre (22; 69). Es muy notable que fórmulas muy antiguas afirmen que el Mesías murió (por ejemplo la fórmula prepaulina de 1Cor 15, 3ss: «os transmití lo que a mi vez recibí que el Mesías murió por nuestros pecados...»; Rom 5, 6. 8; 8, 34; 14, 9. 15; 1Cor 8, 11; 15, 3; 2Cor 1, 5; Gal 2, 21; 1P 1, 11; 2, 21; 3, 18; 4, 1; 4, 13; 5, 1). Nunca se dice que el «Señor padeció» o que el «Señor murió», excepto en el texto de 1Tes 2, 14-15, que presenta muchas dificultades hasta el punto de que se discute su autenticidad paulina, que presenta una formulación peculiar: «los que dieron muerte al Señor».
2. No se considera a Jesús como un Mesías que aspira al poder, como un líder que venga a liberar, con medios militares, a Israel del dominio extranjero. Muchos esperan esto de Jesús, según la ideología mesiánica popular, pero Jesús lo rechaza y lo considera tentación satánica. En cambio en Jesús se encuentran aspectos que se atribuían al Mesías en imágenes judías minoritarias (enseña, cura, anuncia la buena noticia a los pobres).
3. El Mesías en el judaísmo está vinculado a Dios y es un agente de sus designios. Este aspecto está particularmente subrayado en el Mesías Jesús. Es el Hijo de Dios. Se encuentra en el ámbito de lo divino (sentado en trono sobre las nubes del cielo). Hemos visto que hay visiones judías del mesianismo en que se encuentran estos elementos, pero no con la fuerza con que los primeros cristianos los proclaman de Jesús, con la particulari-

- dad añadida de que lo están diciendo de alguien que tuvo una vida «bien poco mesiánica».
4. Esta exaltación del Mesías Jesús a lo divino la realizan los cristianos hasta un punto que superaba las posibilidades del Mesías en el judaísmo del tiempo. Llegan a llamarle «Señor»: El Señor Jesús Mesías/Cristo. Esta atribución del título de Señor no se comenzó a realizar entre los cristianos de la gentilidad, sino que la realizaron ya, y muy pronto, sus seguidores judíos. Esto provocó un conflicto intrajudío muy grave.
 5. Es muy probable que en un primer momento, tras la Pascua, los seguidores de Jesús esperasen su pronto regreso a la tierra, la parusía inminente, y que entonces sería el momento en que Jesús aparecería como el Mesías que restauraría el reino de Israel. Pero el paso del tiempo, la aceptación del evangelio por parte de gentiles y la reflexión sobre la vida de Jesús y sobre las Escrituras les hizo ir cambiando de mentalidad. Reinterpretaron la categoría de Mesías en su aplicación a Jesús. La esperanza judía se basa en su confianza en una intervención divina futura. La esperanza cristiana, en cambio, se basa en la intervención divina decisiva ya realizada en Jesús, el Mesías de Dios.

He comenzado este artículo diciendo que la confesión mesiánica de Jesús es lo que separó a los seguidores de Jesús (llamados «cristianos») de sus hermanos judíos (para quienes eran «*nosrim*», es decir «nazarenos»). Pero tras el recorrido realizado comprendemos que los seguidores de Jesús le llamaron Mesías porque reinterpretaron, con procedimientos hermenéuticos judíos, las Escrituras hebreas echando mano de elementos presentes en el amplio y variado mundo de las esperanzas mesiánicas de su pueblo. Pero introdujeron algo novedoso, que solo se puede explicar por la singular experiencia de la Pascua y por el impulso vital que para ellos supuso la vida de Jesús.

Algo tuvo que haber en la vida de Jesús que dio pie a que le llamasen Mesías. La proclamación de la resurrección no basta. De Juan Bautista muchos creían que había resucitado, pero no

se les ocurrió llamarle Mesías. Esto nos lleva al complicado y discutido campo de la historia. Me limito a un par de sugerencias, sin posibilidad de justificar mis hipótesis en un tema en que sería especialmente importante hacerlo. ¿Hasta qué punto Jesús suscitó esperanzas mesiánicas? ¿Fue tenido por Mesías? ¿Se tuvo Jesús por Mesías?

5. ¿Fue tenido Jesús por Mesías?

Jesús suscitó un eco popular positivo en amplios sectores populares (Mc I, 27-28. 32-33. 45; 2, 12; 3, 7-10. 20; 4, 1; 6, 53-56; 7, 37; II, 18; 12, 12. 37) y una animosidad mortal sobre todo en la oligarquía sacerdotal de Jerusalén (Mc II, 18; 12, 12; cfr. Jn II, 47-52). Entre sus discípulos despertó esperanzas en un mesianismo real davídico. Recordemos la confesión de Pedro, la petición de los Zebedeos de que les reserve los puestos a la derecha y a la izquierda en su reino (Mc 10, 45-52), las aclamaciones de la gente cuando entra en Jerusalén; en Jn 6, 15 se lee: «sabiendo Jesús que intentaban venir a tomarlo por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte él solo».

Ante Pilato es acusado de hacerse rey y el prefecto lo condenó a muerte por ser un pretendiente mesiánico, uno más de los que subvertían al pueblo contra Roma y le disponían a sublevarse violentamente esperando un inminente intervención divina. Que este fue el motivo de la condena está claro por el letrero que pusieron en la cruz. No entro en la cuestión de si Pilato simplemente cedió a las presiones de la autoridad sacerdotal o si, como yo pienso, vio en Jesús y en el movimiento que desencadenó un peligro real para la estabilidad del Imperio.

El que Jesús fuese tenido por Mesías, que fuese crucificado por tal, explica por qué la comunidad cristiana primitiva usó este título, le proclamó Mesías, confiriendo a este título, como he reiterado, un sentido novedoso a la luz de cómo había sido su vida histórica.

6. ¿Jesús se pretendió Mesías?

Entrar en la autoidentidad, como en la conciencia, de una persona es siempre tarea arriesgada. Pero lo es mucho más cuando se trata de una persona de hace XXI siglos y, además, si las fuentes que poseemos (textos) son ciertamente numerosos, pero muy reelaborados ideológicamente por partidarios y adversarios. Porque se trata de una personalidad que tuvo una repercusión histórica enorme. Probablemente como ninguna otra jamás haya tenido. Adentrándonos en una problemática de semejante envergadura, me limito a unas sobrias afirmaciones sin que sea posible entrar en discusiones y justificaciones.

El movimiento de Jesús no tuvo las características de mesiánico, sino las de un movimiento profético. Antes he señalado que hay que distinguir entre estos dos tipos. Son obvias, por ejemplo, las diferencias entre el movimiento profético de Juan Bautista y el de Simón bar Giora que se hizo fuerte en el Templo con las armas en la guerra contra los romanos. He citado varios de estos movimientos proféticos, desarmados y no violentos, que se vieron como una amenaza porque esperaban y anhelaban una intervención divina que iba a cambiar radicalmente la situación de Israel. El profeta líder era perseguido hasta que conseguían matarle (excepto en el caso del egipcio que logró escapar).

El centro de la predicación de Jesús fue el Reino de Dios y está en continuidad con el anuncio de los profetas que en los momentos de máxima opresión habían exhortado al pueblo a la resistencia y a la esperanza usando esta misma expresión: el Reino de Dios se acerca y prevalecerá sobre los imperios opresores (el Deutero-Isaías en el destierro y Daniel en el momento del dominio griego). El Reino de Dios tiene una indudable carga antimperial. El reino, la soberanía, no le competen al emperador de Roma, aunque se divínice y se le rinda culto, sino al Dios de Israel.

Esta predicación profética podía verse fácilmente como un desafío por la autoridad romana. No era difícil acusar a Jesús de ser un pretendiente mesiánico. Sin embargo la enseñanza de Jesús,

pensemos en el Sermón del Monte y en otros muchos pasajes, se aleja totalmente de la violencia del Mesías rey de la esperanza judía.

Jesús tuvo una conciencia extraordinaria de su relación con Dios, de que su ministerio estaba íntimamente unido con la llegada del Reino de Dios, de que este acercamiento de Dios a la humanidad expresaba un insólito amor de Padre, que rompía moldes y a muchos resultaba escandaloso.

¿Quizá Jesús se tuvo por el profeta escatológico de la esperanza judía? En el judaísmo no cabía la idea de un Mesías fracasado y humillado, pero estaba muy viva la tradición de los profetas perseguidos y que acababan mal. Parece que Jesús mismo no utilizó ninguno de los títulos con que después le confesaron sus primeros seguidores. En todo caso cuando le proclamaban Hijo de Dios, Sumo Sacerdote (en la Carta a los Hebreos), Hijo del hombre, Señor, Mesías entendían estos título de forma novedosa, con un sentido alternativo al habitual a la luz de lo que había sido la vida de Jesús (tan poco convencionalmente «divina», «señorial», «sacerdotal» y «mesiánica»).

Bibliografía fundamental

- Alonso, A. (coordinadora), *El mesianismo en el cristianismo antiguo y en el judaísmo*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid 2000.
- Carter, W., *El Imperio Romano y el Nuevo Testamento*, EVD, Estella 2011.
- Collins J. J., *The Scepter and the Star. The Messiahs of the Dead Sea Scrolls and Other Ancient Literature*, Doubleday, New York-London 1995.
- Hess, R. S., Carroll, M. D. (eds.), *Israel's Messiah in the Bible and the Dead Sea Scrolls*, Baker Academics, Grand Rapids 2004.
- Horbury W., *Messianism among Jews and Christians*, Clark, London-New York 2003.

- Horsley, R. A., «Popular Messianic Movements around the Time of Jesus», *CBQ* 46 (1984) 471-495.
- «Popular Prophetic Movements at the Time of Jesus. Their Principal Features and Social Origins», *JSNT* 26 (1986) 3-27.
- Horsley, R. A., Hanson, J., *Bandits, Prophets and Messiahs: popular movements in the time of Jesus*, Winston, Minneapolis 1985.
- Kramer, W., *Christ, Lord, Son of God*, SCM Press, London 1966.
- Mowinckel, S., *He That Cometh. The Messiah Concept in the Old Testament and Later Judaism*, Erdmans, Grand Rapids 2005.
- Pérez Fernández, M., *Tradiciones mesiánicas en el Targum Palestinense*, Valencia-Jerusalén, Institución San Jerónimo-Instituto Español Bíblico y Arqueológico 1981.
- Rodríguez, A., *El Mesías hijo de David. El mesianismo dinástico en los comienzos del cristianismo*, EVD, Estella 2016.
- Sicre, J. L., *De David al Mesías*, EVD, Estella 1995.
- Zetterholm M. (ed.), *The Messiah in Early Judaism and Christianity*, Fortress Press, Minneapolis 2007.

13

14

15

16

17

18

19